



Presentación de don Juan de Austria al emperador Carlos V, en Yuste Eduardo Rosales

Eduardo Rosales presentó a la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1871 este pequeño lienzo, que había iniciado dos años antes en Roma por encargo del duque de Portugalete, quien fue su principal mecenas en los últimos años de su actividad artística, trágicamente truncada por su muerte en 1873, poco antes de cumplir los 37 años. También presentó *La muerte de Lucrecia* (p-4613), con la que obtuvo una primera medalla, repitiendo así el éxito conseguido en 1864 con su obra *Doña Isabel la Católica dictando su testamento* (p-4625).

Frente a los grandes formatos que hasta ese momento utilizaban los pintores decimonónicos para sus pinturas de temática histórica, Rosales optó por pintar cuadros de argumento histórico con tamaño de gabinete para la decoración de las residencias de la alta sociedad de su tiempo, adaptándose así a la demanda de una importante y numerosa clientela privada.

Este cuadro, calificado como “tan pequeño de tamaño como grande de ejecución”, representa el momento en que el emperador Carlos V, retirado en el monasterio de Yuste tras abdicar la corona en su hijo Felipe II, recibe la visita del hijo que -ya viudo- tuvo en 1547 con la dama alemana Bárbara Blomberg. Ese hijo natural, llamado “Jeromín” y criado por su mayordomo don Luis de Quijada, no fue reconocido como tal por el emperador hasta su testamento, pero en sus últimos años ideó distintas excusas para verle con frecuencia, ocultándole su verdadera condición. Sería Felipe II quien posteriormente le reconocería como

su hermanastro, cambiando su nombre por el de don Juan de Austria. Hasta su muerte en 1578 fue un gran apoyo para el monarca, destacando su participación al frente de la flota española en la batalla de Lepanto (1571) y su labor como gobernador de los Países Bajos. Rosales sitúa con gran habilidad a los personajes que asisten a la audiencia en el espacio interior de la estancia, espléndidamente sugerida a través del tratamiento atmosférico de la luz y una pincelada suelta y enérgica. Es evidente su inspiración en la pintura francesa, tanto en la ambientación escenográfica como en la disposición de los personajes, al desplazar los puntos de atención dramática del argumento a los extremos de la composición. La gama cromática es contenida, resaltando el azul intenso del traje del adolescente, ligeramente adelantado del resto de cortesanos. Destaca también su precisión arqueológica y documental, al incluir en el fondo, flanqueando un tríptico gótico, el *Ecce Homo* (p-437) y la *Dolorosa* (p-444) de Tiziano, que Carlos V llevó consigo a su retiro en Yuste y hoy forman parte también de las colecciones del Prado.

En 1919 fue legado al Museo del Prado por la duquesa viuda de Bailén, pasando en 1932 al Museo de Arte Moderno, donde permaneció hasta su reincorporación definitiva a las colecciones del Prado en 1971.

Pintura española (siglo XIX).

Óleo sobre lienzo, 76,5 x 123,5 cm. Cat. 4610